

JUMBO, EL AMIGO GIGANTE DE LOS NIÑOS

Hace muchos años, Mateo Scott, que era entonces un muchacho de diecisiete años, fue a buscar trabajo en el jardín zoológico de Londres. Su gran deseo era estar siempre entre los animales; por eso fue para él un día muy feliz cuando lo admitieron, pues su ideal se había realizado.

Más tarde, ya hecho hombre, Mateo Scott escribió un largo relato sobre su interesante compañerismo con el elefante Jumbo, el amigo gigante de los niños. El dijo: "Recuerdo muy bien el día cuando se anunció que pronto llegaría al zoológico un bebé elefante africano, con dos orejas enormes, parecidas a aquellas antiguas puertas de dos hojas. Me sentí muy feliz cuando el gerente decidió que yo lo cuidara. El anuncio de su llegada despertó tanto interés que cuando llegó el barco que lo traía de África hubo gran agitación en toda la ciudad; parecía que todos los niños y niñas de Londres habían ido a verlo.

"El elefantito era realmente una curiosidad debido a su forma peculiar y a sus grandes orejas. Fueron a examinarlo miembros de varias sociedades científicas. Le puse por nombre Jumbo, un nombre que no tenía ningún significado especial; de hecho, creo que no había oído ese nombre nunca antes. Los nativos africanos de la región donde había sido capturado nos dijeron que Jumbo tenía apenas cinco años de edad. Yo sentía mucho placer contándole a los visitantes del zoológico que Jumbo crecería y llegaría a ser el mayor elefante del mundo".

Mateo Scott y Jumbo se hicieron amigos desde el primer encuentro, y de ahí en adelante el pequeño elefante no se dejó gobernar por ningún otro cuidador. Jumbo era como un grande y bien humorado muchachuelo, tenía especial preferencia por las señoras y los niños, y nunca se sentía más feliz que cuando llevaba a los niños a través del parque. Como crecía muy rápido, en pocos meses hubo que ponerle una silla de montar más grande.

"Un día", escribió Mateo Scott, "mientras Jumbo caminaba a través de la multitud, se paró de repente; y cuando le ordené que continuara andando, no se movió. Desde mi asiento en la silla, observé entonces que una señora venía corriendo, agitadísima, en dirección a Jumbo. Inclinandome hacia un lado, vi que un niño de dos o tres años, se había caído y estaba acostado junto a las patas delanteras de Jumbo. El animal no se movió hasta poder tomar con su trompa al niño y entregarlo a su madre".

En esa época, el dueño de un famoso circo americano, el Sr. Barnum, vio a Jumbo y quiso comprarlo, ofreciendo por él 50.000 dólares. El joven Mateo temió que los directores del zoológico aceptaran la oferta, pero ellos le aseguraron que no venderían por nada a su notable elefante.

"Sin embargo, algunos años más tarde", escribe el Sr. Scott, "Jumbo comenzó a tener crisis de mal humor, que dejaban a los directores muy alarmados. Les dije entonces que los elefantes son animales sociables, y que lo que Jumbo sentía era la falta de la compañía de otros elefantes. Como el Sr. Barnum tenía otros elefantes en su gran circo americano, el superintendente del zoológico aconsejó la venta de Jumbo por un precio bien reducido. El Sr. Barnum ofreció 10.000 dólares, y los directores aceptaron.

Fue uno de los días más felices de mi vida cuando supe que acompañaría a mi viejo amigo en su viaje a América a través del océano"

Cuando Jumbo llegó a Nueva York, todos los periódicos dedicaron varias columnas contando cosas interesantes acerca del maravilloso elefante que había llegado a ser el mayor animal conocido en el mundo, jumbo alcanzó a tener más de tres metros de altura y llegó a pesar más de 6.500 kilos!

El Sr. Scott afirmó que Jumbo era diferente de todos los otros elefantes del Sr. Barnum. "De nada servía castigarlo o forzarlo a obedecer. El me obedecía porque me amaba. Siempre que le revelaba mis deseos, me obedecía. Al igual que un niño, a veces se mostraba caprichoso y malhumorado, y entonces me pedía que lo acariciara; y cuando yo quedaba cerca de él, enseguida dominaba su mal humor, "Jumbo era muy travieso también. Como mi cama en el vagón donde yo dormía quedaba cerca de él, a veces esperaba hasta que me durmiera, y entonces cuidadosamente me sacaba las frazadas sin despertarme. Cuando hacía frío, a veces las encontraba metidas en el ventilador que estaba en el techo.

Recuerdo que cierta vez encontré mi ropa metida con todo cuidado en la reja del vagón, fuera de mi alcance. Pasé casi media hora buscándola, mientras el elefante se hacía el inocente y balanceaba su trompa como si fuera un enorme péndulo. Era su manera de decirme que estaba muy contento.

Finalmente, me señaló con la trompa la reja, y entonces le pedí que me devolviera la ropa, y así lo hizo.

"Muchas veces Jumbo me tomó y me colocó fuera de peligro, y en varias ocasiones me salvó mi vida. Cierta vez, cuando nuestros elefantes se desbandaron en pánico, Jumbo me tomó con su trompa y me dejó allí, preso entre sus patas delanteras, hasta que cesó la alarma entre los elefantes.

"No me agrada recordar los detalles de la repentina muerte de Jumbo. Hasta el último momento de su vida demostró su afecto por mí. Parecía que intuía las situaciones peligrosas. Cierta vez, cuando un tren fatal se aproximaba, me salvó, colocándome rápidamente fuera de peligro. Enseguida empujó a Tom, su hijo, hacia fuera de las vías, pero demoró más de lo que debía y la máquina lo atropello antes que pudiera desviarse. De esa forma murió Jumbo. Era un rey, y como un rey enfrentó la muerte."

Ese afectuoso y dócil gigante del mundo animal murió en un accidente en las vías del ferrocarril. Tal vez ningún otro animal fue conocido por mayor cantidad de niños y niñas que Jumbo.